

Esta es una pequeña muestra
del libro *Gracia transformadora*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

GRACIA TRANSFORMADORA

GRACIA
TRANSFORMADORA

JERRY BRIDGES



Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#GraciaTransformadora

Gracia transformadora

Jerry Bridges

© 2026 por Poiema Publicaciones

Traducido y publicado con su debido permiso del libro *Transforming Grace* ©1991, 2008 por NavPress en alianza con Tyndale House Publishers, Inc.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005 por The Lockman Foundation. Las citas marcadas con la sigla NVI han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1999, 2015, 2022 por Bíblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla (RVR1960) han sido tomadas de *Reina-Valera 1960* © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-50-9

SDG

*A la Sra. Roger “Mamá” Noyes,
a quien Dios usó para ayudarme
a aprender más sobre Su gracia.*

CONTENIDO

Prefacio ix

1. La rutina del desempeño 1
2. La gracia: ¿quién la necesita? 15
3. La gracia: verdaderamente asombrosa 31
4. El terrateniente generoso 47
5. ¿Tiene Dios el derecho? 67
6. Impulsados por el amor 85
7. La prueba del amor 103
8. La santidad: un regalo de la gracia de Dios 123
9. Llamados a ser libres 147
10. La suficiencia de la gracia 171
11. El más pequeño de todos los santos 197
12. Apropiarse de la gracia de Dios 223
13. Vestiduras de gracia 257

Notas 275

GUÍA DE ESTUDIO COMPLEMENTARIA

Descarga la guía de estudio escaneando el QR o
copiando este link: <https://poiema.co/estudiogrtr>



PREFACIO

La gracia de Dios es uno de los temas más importantes en toda la Escritura. Al mismo tiempo, es probablemente uno de los menos comprendidos.

Todos los cristianos, por definición, creen en la gracia. Muchos solemos citar con frecuencia las conocidas palabras de Pablo en Efesios 2:8-9: “Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe, y esto no procede de ustedes, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. Y se dice que el amado himno de Juan Newton, “Sublime gracia”, es el himno favorito de todos los tiempos en Estados Unidos. ¿Por qué, entonces, digo que la gracia de Dios es uno de los temas menos comprendidos de la Biblia?

Cuando pensamos en la gracia, casi siempre pensamos en ser salvos por gracia. Por eso Efesios 2:8-9 nos resulta tan familiar. Incluso la literatura cristiana disponible sobre el tema de la gracia parece tratar casi exclusivamente de la salvación. Pero la Biblia enseña que no solo somos salvos por gracia, sino que también vivimos por gracia diariamente. Es este aspecto importante de la gracia, el que parece ser tan poco comprendido o practicado por los cristianos.

Lo que he observado de los cristianos, es que la mayoría tendemos a basar nuestra relación personal con Dios en nuestro desempeño, en lugar de basarlo en Su gracia. Si hemos actuado bien, sea lo que sea que “bien” signifique en nuestra opinión, entonces esperamos que Dios nos bendiga. Pero, si no hemos actuado tan bien, nuestras expectativas se reducen. En este sentido, vivimos por obras en lugar de vivir por gracia. Somos salvos por gracia, pero vivimos por el “sudor” de nuestro desempeño.

Además, siempre nos estamos desafiando a nosotros mismos y a los demás a “esforzarnos más”. Parece que creemos que el éxito en la vida cristiana (sin importar cómo lo definimos) depende básicamente de nosotros: nuestro compromiso, disciplina y celo, con algo de ayuda de Dios en el proceso. Profesamos, solo de labios para afuera, la actitud del apóstol Pablo: “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy” (1Co 15:10), pero nuestro lema en la práctica es: “Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos”.

Entender que mi relación diaria con Dios se basa en el mérito infinito de Cristo, en lugar de en mi propio desempeño, es una experiencia liberadora y gozosa. Pero no está destinada a ser una experiencia única; la verdad necesita ser reafirmada a diario. De eso se trata este libro.

Con frecuencia, estudio algún tema importante de la Escritura usando lo que llamo el método de la “olla de cocción lenta”. Es decir, dejo que se “cocine” lentamente en un segundo plano en mi mente durante meses, incluso años. Así ha sido con el tema de la gracia de Dios. Ha estado en “segundo plano” por más de diez años. He escrito otros tres libros durante ese tiempo, pero mi mente y corazón han seguido yendo a la gracia de Dios.

Mientras estudiaba este tema, y más particularmente, en los últimos meses al enfocar mis pensamientos en el material para

PREFACIO

este libro, con frecuencia me he sentido como un niño que intenta sacar toda el agua del océano. La gracia de Dios es tan inagotable y, a veces, abrumadora. Confío haber expresado algo de ese sentimiento en el mensaje de este libro, y que tú también llegues a apreciar más las grandes riquezas de la gracia de Dios que nos ha sido dada por medio de Cristo.

Varias personas han tenido un papel importante en la redacción de este libro. Mi pastor, Rick Fite, leyó el manuscrito completo y me afirmó y animó en el énfasis en la gracia. Otro amigo, Don Simpson, también leyó el manuscrito y me dio valiosos comentarios y sugerencias. Jon Stine, un editor muy exigente, me desafió constantemente a aclarar mis pensamientos y presentar un mensaje bíblicamente equilibrado. Varios amigos de todo el país han orado regularmente por este libro, pero la “hermana mayor en la fe”, Grace Peterson, ha sido de nuevo mi Moisés en la cima de la colina mientras yo luchaba contra los “amalecitas” de conceptos y pensamientos, que a veces simplemente no encajaban. (Consulta Éxodo 17:8-13 si no estás familiarizado con la analogía bíblica que usé).

Jessie Newton, mi asistente administrativa, ha transcrito mi manuscrito en la computadora, listo para ser maquetado. Este es el segundo libro que Jessie ha mecanografiado para mí, e hizo un trabajo magnífico.

Mi querida esposa, Jane, ha sido un estímulo constante y nunca se ha quejado, ni de palabra ni de actitud, por ser una “viuda de escritor” durante los meses en que dediqué todo mi tiempo libre a escribir este libro.

Sobre todo, Dios mismo ha derramado Su misericordia y gracia sobre mí. Confío en que mis esfuerzos no serán en vano y que, por medio del mensaje de este libro, muchos “crezcan en la

GRACIA TRANSFORMADORA

gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.
A Él sea la gloria ahora y hasta la eternidad. Amén” (2P 3:18).

LA RUTINA DEL DESEMPEÑO

*¿Tan insensatos son? Habiendo comenzado por el
Espíritu, ¿van a terminar ahora por la carne?*

GÁLATAS 3:3

¡Bancarrota! La palabra tiene un sonido terrible. De hecho, es más que una palabra, es una expresión. Significa fracaso, insolencia, incapacidad para pagar las deudas, quizás la ruina financiera. Incluso en nuestra sociedad relajada y permisiva, estar en bancarrota aún transmite cierto grado de deshonor y vergüenza. ¿Te imaginas a un niño presumiendo ante sus amigos de que su padre acaba de declararse en bancarrota?

En el ámbito moral, la palabra *bancarrota* tiene una connotación aún más despectiva. Decir que una persona está moralmente en bancarrota significa que carece por completo de cualquier cualidad moral decente. Es como comparar a esa persona con Adolfo Hitler. Es casi lo peor que se puede decir de alguien.

Quizás nunca lo hayas pensado de esta manera, pero estás en bancarrota. No me refiero a tu situación financiera ni a tus cualidades morales. Puedes ser financieramente tan sólido como el Peñón de Gibraltar y la persona más íntegra de tu comunidad, pero sigues en bancarrota. Y yo también.

Tú y yo, y cada persona en el mundo, estamos *espiritualmente* en bancarrota. De hecho, toda persona que ha vivido a

excepción de Jesucristo, e independientemente de su estado moral o religioso, ha estado espiritualmente en bancarrota. Escucha esta declaración de nuestra bancarrota de la pluma del apóstol Pablo:

No hay justo, ni aun uno;
No hay quien entienda,
No hay quien busque a Dios.
Todos se han desviado, a una se hicieron inútiles;
No hay quien haga lo bueno,
No hay ni siquiera uno (Ro 3:10-12).

Ningún justo, ninguno que busque a Dios, ninguno que haga el bien, ni siquiera uno. Esto es bancarrota espiritual en su máxima expresión. Por lo general, en un negocio en quiebra, la empresa aún tiene algunos activos que se pueden vender para pagar parcialmente sus deudas. Pero nosotros no teníamos activos, nada que pudiéramos entregar a Dios como pago parcial de nuestra deuda. Incluso, “como trapo de inmundicia [son] todas nuestras obras justas” a Sus ojos (Is 64:6). Estábamos espiritualmente desamparados. Teníamos una deuda que no podíamos pagar.

Entonces aprendimos que la salvación es un don de Dios; es enteramente por gracia por medio de la fe, no por obras, para que nadie se gloríe (ver Ro 6:23; Ef 2:8-9). Renunciamos a la confianza en cualquier supuesta justicia propia y pusimos nuestra fe solo en Jesucristo para nuestra salvación. En ese acto, esencialmente declaramos la bancarrota espiritual.

Pero ¿qué tipo de bancarrota declaramos? En el mundo de los negocios estadounidenses, las empresas con problemas

financieros y que deben declararse en quiebra tienen dos opciones, conocidas popularmente como capítulo 7 y capítulo 11, por los respectivos capítulos del código federal de bancarrotas. El capítulo 11 se ocupa de lo que podríamos llamar una bancarrota temporal. Esta opción la elige una empresa básicamente sana que, con tiempo, puede resolver sus problemas financieros.

El capítulo 7 es para una empresa que llegó al límite de sus posibilidades financieras. No solo está profundamente endeudada, sino que no tiene futuro en los negocios. Se ve obligada a liquidar sus activos y pagar a sus acreedores, muchas veces con tan solo diez centavos por dólar. La empresa está acabada. Todo ha terminado. Los propietarios o inversores pierden todo lo invertido en el negocio. A nadie le gusta la bancarrota del capítulo 7.

¿BANCARROTA TEMPORAL O PERMANENTE?

Entonces, ¿qué tipo de bancarrota declaramos? Usando la analogía empresarial, ¿nos acogimos al capítulo 7 o al capítulo 11? ¿Fue permanente o temporal? Sospecho que la mayoría diría que nos declaramos una bancarrota permanente. Al haber confiado solo en Jesucristo para nuestra salvación, nos dimos cuenta de que no podíamos añadir ninguna medida de buenas obras a lo que Él ya hizo. Creemos que Él pagó por completo nuestra deuda por el pecado y nos aseguró el don de la vida eterna. No hay nada más que podamos hacer para ganar nuestra salvación, así que, usando la analogía empresarial, diríamos que nos declaramos en bancarrota permanente.

Sin embargo, creo que en la práctica la mayoría en realidad declaró una bancarrota temporal. Después de confiar solo en Cristo para nuestra salvación, hemos vuelto sutil e inconscientemente a una relación de obras con Dios en nuestra vida cristiana.

Reconocemos que ni siquiera nuestros mejores esfuerzos pueden llevarnos al cielo, pero pensamos que sí nos ayudan para ganarnos las bendiciones de Dios en la vida diaria.

Después de convertirnos en cristianos, comenzamos a dejar de lado nuestros pecados más obvios. También empezamos a asistir a la iglesia, a poner dinero en el plato de la ofrenda y quizás a unirnos a un grupo pequeño de estudio bíblico. Vemos algunos cambios positivos en nuestro estilo de vida y nos sentimos bastante bien con nosotros mismos. Ahora estamos listos para salir de la bancarrota y pagar nuestro camino en la vida cristiana.

Entonces llega el día en que caemos de bruces espiritualmente. Recaemos en un viejo pecado o no hacemos lo que deberíamos haber hecho. Como pensamos que ahora estamos por nuestra cuenta, pagando nuestro andar diario, asumimos que hemos perdido todas las bendiciones de Dios por un tiempo indeterminado. Nuestra expectativa de la bendición de Dios depende de cuán bien sintamos que estamos viviendo la vida cristiana. Declaramos una bancarrota temporal para entrar en Su reino, así que ahora pensamos que podemos y debemos pagar nuestro andar con Dios. Fuimos salvos por gracia, pero vivimos por el desempeño.

Si crees que estoy exagerando, haz esta prueba. Piensa en un momento reciente en el que realmente caíste de bruces espiritualmente. Luego, imagina que inmediatamente después te encontraste con una oportunidad magnífica para compartir a Cristo con un amigo no cristiano. ¿Podrías haberlo hecho con total confianza en la ayuda de Dios?

Todos somos legalistas por naturaleza, es decir, pensamos innatamente que una cierta cantidad de desempeño de nuestra parte nos hace ganar una cierta cantidad de bendición de

Dios. El apóstol Pedro pensaba de esta manera. Después de escuchar la conversación de Jesús con el joven rico, Pedro le dijo a Jesús: “Mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué, pues, recibiremos?” (Mt 19:27). Pedro ya había sumado sus puntos de mérito y quería saber cuánta recompensa obtendría con ellos.

No solo somos legalistas por naturaleza, sino que nuestra cultura cristiana refuerza esta actitud en nosotros. Se nos exhorta a asistir a la iglesia regularmente, tener un tiempo devocional diario, estudiar nuestras Biblias, orar, memorizar las Escrituras, testificar a nuestros vecinos y dar para las misiones, y ciertamente, todas estas son actividades cristianas importantes. Pero, aunque nadie lo dice directamente, de alguna manera se forma en nuestra mente la vaga impresión de que es mejor que hagamos esas cosas, pues si no lo hacemos Dios no nos bendecirá.

Luego vamos a la Biblia y leemos que debemos ocuparnos de nuestra salvación, buscar la santidad y ser diligentes en añadir a nuestra fe virtudes como la bondad, el conocimiento, el dominio propio y el amor. De hecho, encontramos que la Biblia está llena de exhortaciones a hacer buenas obras y a seguir las disciplinas del crecimiento espiritual. De nuevo, como somos legalistas por naturaleza, asumimos que nuestro desempeño en estas áreas nos hace ganar las bendiciones de Dios en nuestras vidas.

Lucho con estas tendencias legalistas, aunque sé que no debería. Hace varios años, estaba programado para hablar en una iglesia grande en la costa oeste. Al llegar a la iglesia unos quince minutos antes del servicio dominical por la mañana, me enteré de que uno de los miembros del personal pastoral había muerto repentinamente el día anterior. El personal de la iglesia y toda la congregación estaban en estado de conmoción y duelo.

Al evaluar la situación, me di cuenta de que el mensaje de “Desafío al discipulado” que había preparado era totalmente inapropiado. Ese día la congregación necesitaba consuelo y ánimo, no un desafío. Sabía que necesitaba un mensaje completamente nuevo, así que comencé a orar en silencio, pidiéndole a Dios que trajera a mi mente un mensaje adecuado para la ocasión. *Entonces comencé a sumar mis méritos y deméritos del día: ¿había tenido mi tiempo devocional esa mañana? ¿Había tenido algún pensamiento lujurioso o dicho alguna media verdad? Había caído en la trampa del desempeño.*

Rápidamente reconocí lo que estaba haciendo, así que dije: “Señor, no sé la respuesta a ninguna de esas preguntas, pero ninguna de ellas importa. Vengo a Ti hoy en el nombre de Jesús y, solo por Su mérito, pido Tu ayuda”. Un solo versículo de la Escritura vino a mi mente y con él un breve bosquejo para un mensaje que sabía que sería apropiado. Subí al púlpito y literalmente preparé el mensaje mientras hablaba. Dios respondió con un “sí” a la oración.

¿Por qué respondió Dios a mi oración? ¿Fue porque tuve mi tiempo devocional esa mañana o cumplí con otras disciplinas espirituales? ¿Fue porque no había albergado ningún pensamiento pecaminoso ese día? No, Dios respondió a mi oración por una sola razón: Jesucristo ya había comprado esa respuesta a la oración hace dos mil años en una cruz romana. Dios respondió basándose únicamente en Su gracia, no en mis méritos o deméritos.

Uno de los secretos mejor guardados entre los cristianos de hoy es este: *Jesús lo pagó todo. Y quiero decir todo. Él no solo compró el perdón de tus pecados y tu boleto al cielo, Él compró cada bendición y cada respuesta a la oración que alguna vez recibirás. Cada una de ellas, sin excepciones.*

¿Por qué es este un secreto tan bien guardado? Por un lado, le tememos a esta verdad. Tememos decirnos, incluso a nosotros mismos, que ya no tenemos que trabajar, que todo el trabajo está hecho. Tememos que si realmente creemos esto, nos relajaremos en nuestros deberes cristianos. Pero el problema de fondo es que en realidad no creemos que todavía estamos en bancarrota. Después de haber entrado en el reino de Dios solo por gracia, únicamente por el mérito de Otro, ahora tratamos de pagar nuestra vida cristiana con nuestro desempeño. Declaramos solo una bancarrota temporal, pues ahora tratamos de vivir por buenas obras en lugar de vivir por gracia.

La experiencia cristiana en su totalidad suele describirse en tres fases distintas: justificación, santificación y glorificación.

La justificación (ser declarado justo ante Dios por la fe en Jesucristo) es un evento específico en el tiempo. Es el momento de nuestras vidas cuando somos salvos. Es la experiencia de Efesios 2:8: “Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe”.

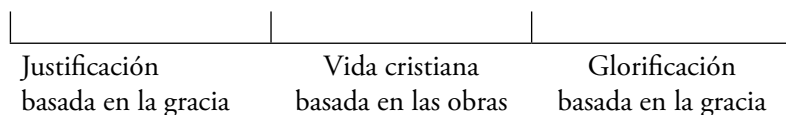
La santificación es nuestro crecimiento en la semejanza a Cristo. Es una experiencia progresiva que abarca toda nuestra vida cristiana, desde la salvación hasta la glorificación.

La glorificación ocurre en el momento cuando partimos de esta vida para estar con Cristo. (Por supuesto, la glorificación en realidad alcanza su cumplimiento completo en la resurrección, pero incluso ahora los que están con Cristo son descritos como “los espíritus de los justos hechos ya perfectos” [Heb 12:23]).

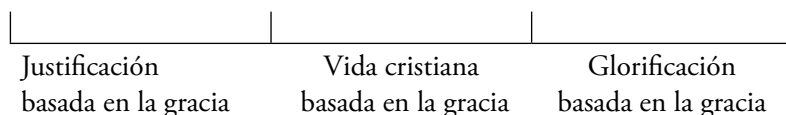
Todos los cristianos verdaderos están de acuerdo en que la justificación es por gracia por medio de la fe en Cristo. Y si nos detenemos a pensar en ello, estamos de acuerdo en que la glorificación también es únicamente por la gracia de Dios. Jesús

compró para nosotros no solo el perdón de los pecados (justificación), sino también la vida eterna (glorificación). Pero la santificación, es decir, toda la experiencia cristiana entre la justificación y la glorificación, es otra historia. En el mejor de los casos, vemos la vida cristiana como una mezcla del desempeño personal y la gracia de Dios. No es que lo hayamos analizado conscientemente y que hayamos concluido que nuestra relación con Dios, por ejemplo, se basa en un 50 por ciento de desempeño y un 50 por ciento de gracia. Más bien, es una suposición subconsciente que surge de nuestro legalismo natural, reforzado y alimentado por la cultura cristiana en la que vivimos.

Como resultado, nuestra visión de la vida cristiana podría ilustrarse con la siguiente línea de tiempo:



Según esa ilustración, nuestro concepto de la vida cristiana es una secuencia de gracia-obras-gracia. Sin embargo, el punto principal de este libro, y la verdad que espero demostrar, es que la ilustración debería verse así:



Es decir, toda la vida cristiana, de principio a fin, se vive basada en la gracia de Dios para con nosotros por medio de Cristo.

Ahora volvamos a la analogía de la bancarrota. A pesar de lo devastadora que es una bancarrota permanente, hay un lado positivo. El empresario en apuros finalmente es libre. Ya no le debe nada a nadie. Sus deudas no se pagaron por completo, pero al menos fueron canceladas. Ya no están en su cabeza; está libre de las llamadas telefónicas, las exigencias y las amenazas de sus acreedores. Ya no pueden acosarlo. Este empresario puede estar humillado, pero al menos es libre.

Mientras tanto, el empresario que se declaró en bancarrota temporal todavía lucha por salir adelante. Tiene un respiro de sus acreedores por un tiempo, pero debe esforzarse el doble para intentar reavivar su negocio. Tarde o temprano, debe pagar a sus acreedores. Este empresario no es libre. Al contrario, está en una rutina de desempeño constante.

Sin embargo, todas las analogías humanas sobre la verdad espiritual se quedan cortas. Nunca pueden contar la historia completa, como vemos en la analogía de la bancarrota. El empresario que se declaró en bancarrota permanente no es totalmente libre. Está libre de sus deudas pasadas, pero no de las que contraiga en el futuro. Su historial está limpio en cuanto al pasado, pero al empezar de nuevo, debe tratar de mantenerlo limpio en el futuro. En el mundo de los negocios, entonces, no existe realmente una bancarrota permanente en el sentido de estar libre del desempeño futuro.

Pero la buena noticia de la Biblia es que, en el ámbito espiritual, sí existe una bancarrota total y permanente. No funciona como la bancarrota comercial; es mucho mejor en dos aspectos importantes.

Primero, en el mundo de los negocios las deudas de la empresa en bancarrota permanente nunca se pagan por completo. Los

acreedores aceptan la mísera cantidad que reciben de la venta de los activos de la compañía. Ni el empresario en bancarrota ni sus acreedores quedan satisfechos. El empresario, si es mínimamente consciente, se siente culpable por las deudas que no pagó; y los acreedores están descontentos por los pagos que no recibieron.

Por el contrario, la deuda total del cristiano fue pagada por la muerte de Cristo. La ley y la justicia de Dios han sido plenamente satisfechas. La deuda de nuestros pecados ha sido marcada como “¡Pagada por completo!”. Dios está satisfecho y nosotros también. Tenemos paz con Dios y somos liberados de una conciencia culpable (ver Ro 5:1; Heb 10:22).

Segundo, no solo se pagó la deuda por completo, sino que *no existe la posibilidad de volver a endeudarnos*. Jesús pagó la deuda de todos nuestros pecados: pasados, presentes y futuros. Como dijo Pablo en Colosenses 2:13: “[Dios ha] perdonado todos los delitos [pecados]”. No tenemos que empezar de nuevo e intentar mantener el historial limpio. Ya no hay historial. Como escribió Stephen Brown: “Dios tomó nuestro historial, lo rompió en pedazos y lo desechó”. Esto es cierto no solo para nuestra justificación, sino también para nuestra vida cristiana. Dios no lleva la cuenta, dando o quitando bendiciones según nuestro desempeño. La cuenta ya ha sido cancelada permanentemente por Cristo. Con frecuencia pasamos por alto esta dimensión del evangelio.

Entramos en el reino de Dios por gracia; somos santificados por gracia; recibimos bendiciones tanto temporales como espirituales por gracia; somos motivados a la obediencia por gracia; somos llamados a servir y capacitados para servir por gracia; recibimos fuerza para soportar las pruebas por gracia; y finalmente,

somos glorificados por gracia. Toda la vida cristiana se vive bajo el dominio de la gracia de Dios.

¿QUÉ ES LA GRACIA?

¿Qué es, entonces, la gracia por la cual somos salvos y bajo la cual vivimos? La *gracia* es el favor gratuito e inmerecido de Dios, dado a pecadores culpables que solo merecen juicio. Es el amor de Dios mostrado a quienes no son dignos de amor. Es Dios extendiendo Su mano hacia personas que están en rebelión contra Él.

La gracia se opone directamente a cualquier supuesto mérito de nuestra parte. Dicho de otro modo: la gracia y las obras son mutuamente excluyentes. Como dijo Pablo en Romanos 11:6: “Si es por gracia, ya no es a base de obras, de otra manera la gracia ya no es gracia”. Nuestra relación con Dios se basa en las obras *o* en la gracia. Nunca existe una relación de obras más gracia con Él.

Además, la gracia no nos rescata primero del castigo de nuestros pecados, nos dota de algunas nuevas capacidades espirituales y luego nos deja solos para que crezcamos en madurez espiritual. Más bien, como dijo Pablo: “El que comenzó en ustedes la buena obra [por Su gracia], la perfeccionará [también por Su gracia] hasta el día de Cristo Jesús” (Fil 1:6). John Newton capturó esta idea de la obra continua de la gracia en nuestras vidas cuando escribió en el himno “Sublime gracia”: “Su gracia siempre me libró y me guiará feliz”.

El apóstol Pablo nos pregunta hoy, como les preguntó a los creyentes de Galacia: “Después de haber comenzado con el Espíritu, ¿pretenden ahora perfeccionarse con esfuerzos humanos?” (Ga 3:3 NVI). Aunque el problema específico que Pablo abordaba era la circuncisión, nota que no dijo: “¿Están tratando

de alcanzar su meta mediante la circuncisión?”. Generalizó su pregunta y no trató el asunto específico de la circuncisión, sino el problema más amplio de intentar agradar a Dios con el esfuerzo humano, cualquier esfuerzo, incluso las buenas actividades y disciplinas cristianas hechas con un espíritu de legalismo.

EL MÉRITO DE CRISTO

El apóstol Pablo a veces usaba la gracia de Dios y el mérito de Cristo de forma casi intercambiable, como yo lo hago en este libro. Por ejemplo, Pablo dijo:

“Miren, yo, Pablo, les digo que si se dejan circuncidar, Cristo de nada les aprovechará. Otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a cumplir toda la ley. De Cristo se han separado, ustedes que procuran ser justificados por la ley; de la gracia han caído” (Ga 5:2-4). Nota las declaraciones paralelas que usó Pablo: “Cristo de nada les aprovechará”; Ustedes “de Cristo se han separado... de la gracia han caído”.

En Efesios 2:4-7, Pablo escribió:

Pero Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia ustedes han sido salvados), y con Él nos resucitó y con Él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús, a fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de Su gracia por Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.

Nuevamente, observa la estrecha conexión entre Cristo y la gracia. Se nos “dio vida juntamente con Cristo (por gracia

ustedes han sido salvados)”. Y Dios quiere “mostrar... las sobrebundantes riquezas de Su gracia por Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”.

Aunque la gracia de Dios y el mérito de Cristo no son lo mismo, siempre van juntos en nuestra relación con Dios. No podemos experimentar lo uno sin lo otro. En términos de orden, la gracia de Dios es lo primero. Fue por Su gracia que Dios el Padre envió a Su único Hijo a morir en nuestro lugar. Dicho de otro modo, la muerte de Cristo fue el resultado de la gracia de Dios; la gracia no es el resultado de la muerte de Cristo.

Pero también es cierto que nuestra experiencia de la gracia de Dios solo es posible gracias a la muerte de Cristo. Dios es lleno de gracia, pero también es justo en un sentido absoluto; es decir, Su justicia no puede pasar por alto la más mínima infracción de Su santa ley. Como Cristo satisfizo por completo la justicia de Dios, ahora podemos experimentar la gracia de Dios. Hace años escuché una frase sencilla que expresa esta relación: la gracia son las *riquezas de Dios a costa de Cristo*. Por eso he afirmado en este capítulo, y lo repetiré una y otra vez en este libro, que Jesucristo ya pagó por cada bendición que tú y yo recibiremos de parte de Dios el Padre.

Hay una hermosa historia en la vida del rey David que ilustra la gracia de Dios hacia nosotros por medio de Cristo. Mefiboset era el hijo del amigo íntimo de David, Jonatán, hijo de Saúl. Había quedado lisiado de ambos pies a los cinco años. Después de que David se estableció como rey sobre todo Israel, deseó mostrar bondad a cualquiera que quedara de la casa de Saúl “por amor a Jonatán”. Así que Mefiboset, lisiado e indigente, incapaz de valerse por sí mismo y viviendo en casa de otra persona, fue

llevado a la casa de David y “comió a la mesa de David como uno de los hijos del rey” (2S 9:11).

¿Por qué Mefiboset fue tratado como uno de los hijos de David? Fue por amor a Jonatán. Podríamos decir que la amistad leal de Jonatán con David “ganó” para Mefiboset su lugar en la mesa de David. Mefiboset, en su condición de lisiado e indigente, incapaz de mejorar su situación y totalmente dependiente de la bondad de otros, es una ilustración de ti y de mí, lisiados por el pecado e incapaces de ayudarnos a nosotros mismos. David, en su generosidad, ilustra a Dios el Padre, y Jonatán ilustra a Cristo.

Así como Mefiboset fue elevado a un lugar en la mesa del rey por amor a Jonatán, así tú y yo somos elevados a la condición de hijos de Dios por amor a Cristo. Y así como estar sentado a la mesa del rey implicaba no solo el alimento diario, sino también otros privilegios, así la salvación de Dios por amor a Cristo conlleva todas las provisiones que necesitamos, no solo para la eternidad sino también para esta vida.

Como para enfatizar el privilegio especial de Mefiboset, el escritor inspirado menciona cuatro veces en un breve capítulo que Mefiboset comía a la mesa del rey (ver 2 S 9:7, 10, 11, 13). Tres de esas veces dice que *siempre* comía a la mesa del rey. Pero el relato comienza y termina con la afirmación de que Mefiboset estaba lisiado de ambos pies (ver vv. 3, 13). Mefiboset nunca superó su condición de lisiado. Nunca llegó al punto en que pudiera dejar la mesa del rey y valerse por sí mismo. Y nosotros tampoco.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Gracia transformadora*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!